

Vivir en medio del conflicto armado: resistencias cotidianas de colonos-campesinos en Putumayo*

Andrés Cancimance López**

Investigador Centro de Estudios Sociales

Universidad Nacional de Colombia

Resumen

¿Cómo hacen las personas para mantenerse vivas en medio de una guerra en la que no son combatientes? ¿Qué hacen para sobrevivir a la violencia que recae sobre ellas continuamente? ¿Cómo hacen para arraigarse en un lugar donde sus vidas pueden extinguirse en cualquier momento, en manos de distintos grupos armados? Estas son las preguntas que motivaron la investigación que soporta este artículo. En este texto se describen y analizan dos prácticas que un grupo poblacional en Putumayo (sur de Colombia), asentado en el municipio de Puerto Guzmán, lleva a cabo para sobrevivir al conflicto armado.

Palabras clave: Putumayo, antropología de las violencias, campesinos-colonos, prácticas, resistencias cotidianas, FARC, AUC.

...

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO

Cancimance, Andrés. 2015. “Vivir en medio del conflicto armado: resistencias cotidianas de colonos-campesinos en Putumayo”. *Trabajo Social* 17: 29-45. Bogotá: Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

Recibido: 02 de octubre del 2014. **Aceptado:** 28 de enero del 2015.

* Este artículo recoge algunos de los resultados de la tesis doctoral que el autor presentó al Departamento de Antropología, de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, en noviembre del 2014. Algunas versiones preliminares de este artículo se presentaron en los siguientes congresos: *Poder y Democracia: XVIII Congreso Internacional de Historia Oral. Las múltiples voces de la historia oral*. Barcelona 9-12 de julio del 2014; *LASA2014 / Democracia y Memoria: XXXII Congreso Internacional de la Asociación de Estudios Latinoamericanos*. Chicago, Estados Unidos, 21-24 de mayo. El autor agradece al Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) por la beca de investigación que le otorgó en el año 2012 para realizar trabajo de campo en Putumayo: “Estímulo para investigaciones en Antropología Social —Pionero(a)s de la Antropología Colombiana en homenaje a Milciades Chaves Chamorro y Miguel Fornaguera Pineda—”.

** cancimance5@gmail.com

Living in the Midst of Armed Conflict: Daily Resistance by Rural Inhabitants - Settlers in Putumayo

Abstract

How do people keep alive in the midst of a war in which they are not combatants? What do they do to survive the violence that befalls them continuously? How do they settle in a place where their lives can be extinguished at any time by armed groups? These are the questions that motivated the research in this article. This text describes and analyzes two practices that a population group in Putumayo (South of Colombia), settled in the municipality of Puerto Guzman, carried out to survive the armed conflict.

Keywords: Putumayo, anthropology of violence, rural persons - settlers, practices, daily resistances, Farc, AUC.

Viver em meio do conflito armado: resistências cotidianas de colonos-camponeses em Putumayo (Colômbia)

Resumo

Como as pessoas fazem para se manter vivas em meio de uma guerra na qual não são combatentes? O que fazem para sobreviver à violência que recai sobre elas continuamente? Como fazem para construir raízes num lugar onde suas vidas podem ser extintas em qualquer momento, em mãos de diferentes grupos armados? Estas são as perguntas que motivaram a pesquisa que suporta este artigo. Neste texto, são descritas e analisadas duas práticas que um grupo populacional de Putumayo (sul da Colômbia), assentado no município de Puerto Guzmán, realiza para sobreviver ao conflito armado.

Palavras-chave: Putumayo, antropologia das violências, colonos-camponeses, práticas, resistências cotidianas, Farc, AUC.

Presentación

Nací y crecí en el municipio Valle del Guamuéz, Putumayo¹, un departamento del sur de Colombia conocido y catalogado principalmente por ser violento, peligroso, cocalero y con una fuerte presencia de grupos armados como la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - FARC (Frentes 32 y 48) y los paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia - AUC (Bloque Sur Putumayo). Y sí, desde mi experiencia vital en este lugar (1986-2003) la violencia siempre estuvo ahí, arrebatándonos a nuestros seres queridos, vecinos y amigos; impidiéndonos jugar libremente por el campo o limitando nuestros deseos de permanecer largas horas en las quebradas para nadar, pescar y acompañar a nuestras madres a lavar la ropa. Pero también recuerdo un territorio de gente arraigada en la tierra colonizada, ya sea porque “derribaron la montaña”² o porque la adquirieron comprándole las mejoras (fincas, sementeras, potreros) a su compadre. Recuerdo a mi padre, un carpintero aficionado, construyendo silenciosamente ataúdes para aquellos muertos que no tenían un doliente; recuerdo su carro viejo, un Toyota campero corto modelo 62 de color verde plateado, con llantas desgastadas y mugrientas, en el que los transportaba hasta el lugar que hacía de

cementerio. Recuerdo a campesinos entregados todo el día y todos los días al trabajo de sus parcelas, ya sea porque cultivaban plátano, yuca, maíz o coca; a mujeres que, como mi madre, estaban llenas de amor por sus hijos y esposos y que, en razón de ese amor, muchas de ellas terminaron lejos de su familia extensa, “en el monte”, como me lo han expresado. Recuerdo a hombres y mujeres en trabajos comunitarios, construyendo carreteras, escuelas, acueductos, alcantarillados, levantando alcaldías, pensando siempre cómo hacer para que sus hijos tuvieran un mejor futuro, para que no repitieran las historias de “trabajo duro y sacrificio” que ellos tuvieron que pasar. Por eso, cuando pienso en Putumayo me conecto más con lo que las personas hacían y hacen para vivir en medio de la guerra, con la muerte violenta que siempre me rondó. Rememorando estas situaciones, en 2011 surgió en mí el interés por investigar las acciones que campesinos y campesinas llevaron a cabo para mantenerse vivos en medio de la violencia homicida que fue instaurada desde los años ochenta por la guerrilla de las FARC y los paramilitares en algunos municipios de este departamento del sur de Colombia. (Diario de campo n.º 1 2011)

El propósito central de este artículo es mostrar dos prácticas (“ser un buen convivente” y “ser neutrales”) que un grupo de colonos-campesinos³ de Puerto Guzmán, un municipio del departamento de Putumayo que se ubica al borde del río Caquetá⁴,

- 1 El departamento de Putumayo cuenta con una población de 322.681 habitantes, de los cuales, 148.711 viven en las cabeceras municipales y 173.970 en el resto de zonas (Dane 2005 con proyección al año 2013). En la geografía nacional, este departamento ocupa un área de 24.885 km². Administrativamente está conformado por trece municipios. Limita al norte con los departamentos del Cauca y Caquetá, al sur con Ecuador y Perú, al occidente con el departamento de Nariño y al oriente con el departamento del Amazonas. Un 94 % de su territorio hace parte de la Gran Cuenca Amazónica, a la cual tributan los ríos Putumayo y Caquetá; el resto forma parte de la zona de transición de la zona andina (Alcaldía Valle del Guamuéz 2007). Teniendo como referencia la Cuenca Amazónica, el territorio se ha dividido en cuatro subregiones: 1) Andino-amazónica o del Valle de Sibundoy, conformada por los municipios de Colón, Santiago, Sibundoy y San Francisco; 2) Piedemonte o Cuenca del Río Caquetá, que componen los municipios de Mocoa, Villagarzón y Puerto Guzmán; 3) Llanura Amazónica o Cuenca Baja del Río Putumayo, conformada por los municipios de Puerto Asís, Puerto Caicedo y Leguízamo; 4) Valle del Guamuéz o Zona Petrolera, integrada por los municipios de Orito, Valle del Guamuéz y San Miguel (Cancimance 2012).
- 2 Todas las frases o palabras que el autor emplee entre comillas son expresiones literales de las personas con las que él entabló conversaciones en la región.

- 3 Empleo el término colonos-campesinos como aquel grupo de personas provenientes de distintas zonas de Colombia —principalmente de los departamentos Nariño, Cauca, Huila y el Eje Cafetero— que se establecieron en Putumayo después de llevar a cabo un proceso de adquisición/ocupación de tierras (colonización) y, con el cual se instauró una vida familiar y social. Son colonos porque su “lugar de origen” no es Putumayo, y son campesinos porque llevan a cabo actividades productivas relacionadas con el campo. Además, hago uso de esta denominación porque las personas con las que hablé se asumen de esta forma.
- 4 Puerto Guzmán es uno de los trece municipios del departamento de Putumayo. El 24 de noviembre de 1992, a través de la ordenanza 013, obtuvo este estatus como resultado de su segregación del municipio de Mocoa. Se encuentra ubicado en la subregión del piedemonte o cuenca del río Caquetá, zona en la que también se hallan Villagarzón y Mocoa. El principal centro de confluencia de estas localidades es Mocoa, por ser el centro político-administrativo y de servicios (la capital). Esta

ha incorporado a lo largo de su permanencia en este lugar, para arraigarse en una zona invadida desde la década de los ochenta por un poder armado altamente letal en Colombia: la guerrilla de las FARC, esto sin desconocer que en este lugar la presencia del Bloque Sur Putumayo de las AUC y la de los narcotraficantes también fue significativa en la intensificación del conflicto armado⁵. ¿Cómo hacen las personas para mantenerse vivas en medio de una guerra de la que no hacen parte como combatientes?; ¿qué hacen para sobrevivir a la violencia que pende sobre ellas continuamente?; estas son las preguntas que orientarán las narrativas que presentaré en este artículo⁶.

Propongo que esas dos prácticas hacen parte del uso de un repertorio sutil y silencioso a partir del cual los colonos-campesinos lograron vencer en el día a día el terror impuesto por las FARC. Esta forma particular de enfrentar la violencia es lo que en mi investigación doctoral analicé como *resistencias cotidianas*, aquellas *formas de insubordinación* disfrazadas, discretas, ocultas que “se pueden adecuadamente llamar la infrapolítica de los desvalidos” (Scott 2000, 22). Una infrapolítica que resulta muchas veces en algo imperceptible, pues su lógica de acción consiste en dejar apenas rastro a su paso para con esto, “minimizar el peligro para quienes la practican” (236). A pesar de ello,

subregión permite la comunicación terrestre con el centro del país a través de las vías Mocoa-Sibundoy-Pasto y Mocoa-Pitalito-Neiva-Bogotá. Además, utilizando la vía fluvial por el río Caquetá, posibilita la comunicación con los departamentos del Cauca y Caquetá (Cancimance 2012). Puerto Guzmán tiene una extensión de 4,565 km² y una población de 23,316 habitantes (Dane 2005). Se encuentra a 54 km de Mocoa, y se accede a él por una carretera destapada, rodeada, en algunas partes, por el río Caquetá.

5 Para profundizar sobre la acción armada de los paramilitares pueden verse los siguientes estudios: Centro Nacional de Memoria Histórica 2011 y 2012; Cancimance 2014.

6 En este trabajo no exploro experiencias de vida de las personas que tuvieron que salir forzosamente de Putumayo. Para profundizar sobre el tema del desplazamiento forzado como práctica de resistencia en otra zona del país puede revisarse el artículo de Flor Edilma Osorio (2001). Tampoco exploré las prácticas violentas ejercidas por los diferentes grupos armados ilegales, un ámbito del conflicto armado ampliamente estudiado en Colombia. Mi interés está puesto en las acciones y las estrategias de aquellos que no participan de ese conflicto como combatientes, para sobrevivir a la guerra.

[...] cada una de las formas de resistencia disfrazada [...] es la silenciosa compañera de una forma vociferante de resistencia [...] De esta manera, la infrapolítica es fundamentalmente la forma estratégica que debe tomar la resistencia de los oprimidos en situaciones de peligro extremo. (Scott 2000, 235)

El argumento central de este artículo es que, en circunstancias extremas, existe una compleja estructura de la acción humana a partir de la cual las personas hacen realidad el deseo de permanecer en el lugar, para construir un destino más allá de la guerra. Esto me recuerda la tesis de Michel Foucault que señala que la hegemonía o el ejercicio del poder también dan cabida a la resistencia y a la elaboración de discursividad. Esto implica que los dominios armados no solo han generado una serie de comportamientos y prácticas de supervivencia, sino también de resistencia (Foucault 1988; Scott 2000).

Para el caso que analizo aquí, tal estructura se soporta en el despliegue de lo que he denominado como *actitud del silencio* (Cancimance 2014). Esa actitud no solo revela una lógica de acción, sino que ofrece claves analíticas para comprender la constante reivindicación de una identidad regional que hacen los campesinos de esta zona del país. Asimismo, y de acuerdo con la narrativa de las personas con las que compartí, esa actitud de silencio solo es posible si se toman riesgos, se vive en medio de ellos y se los vence a partir de la ejecución de un acto de valentía rodeado de afecto por el lugar que se colonizó.

Situó este artículo en el campo de los estudios antropológicos sobre las violencias y, particularmente, en aquella corriente que aborda las maneras a través de las cuales este fenómeno configura la subjetividad e influye sobre la capacidad de las personas para lidiar con la vida cotidiana. Es una corriente que se interesa por la vida que se mantiene en medio de la muerte violenta, por la forma como las víctimas de los conflictos armados logran seguir construyendo sus vidas personales mientras la guerra las acecha.

Presentaré en primera instancia algunas consideraciones metodológicas. Posteriormente describiré brevemente el control territorial que el Frente

32 de las FARC ejerció en Puerto Guzmán durante el periodo comprendido entre los años 1982 y 2002. Finalizaré con la descripción de las prácticas a las que estos habitantes tuvieron que recurrir para sobrevivir a la muerte violenta y las conclusiones del trabajo realizado.

Consideraciones metodológicas

La etnografía, “aquél método desentrañador del sentido de las diversidades culturales de un pueblo” (Arocha 2011, 213) orientó esta investigación. Al pertenecer al mismo lugar de las personas con las que trabajé, acudí en primera medida a la recuperación de mis memorias personales y familiares. La elaboración de tres diarios intensivos —una práctica de autoanálisis desarrollada por el sicólogo Ira Progoff (1985)— y la realización de dos entrevistas a profundidad a mis padres, dieron comienzo a mi labor de trabajo de campo en función de recabar información sobre los recursos culturales y las resistencias cotidianas que se ponen en marcha, para sobrevivir en medio del conflicto armado. Nací en Putumayo en 1986 y viví en aquel lugar hasta el 2003, año en el que me mudé a Bogotá para estudiar Trabajo Social. Con los diarios intensivos comprobé que había bloqueado muchas memorias de mi trayecto de vida en ese departamento del sur de Colombia y que mi forma de resistencia a los horrores de la guerra que presencié fue salir de aquel lugar. Algo distinto ocurrió con mis padres: ellos decidieron quedarse. A partir de esta decisión, han desafiado durante 27 años los peligros que impone el lugar.

Después de ese proceso de corte “autoetnográfico”, me trasladé al casco urbano de Puerto Guzmán, un caserío levantado por campesinos-colonos en los años cincuenta. El trabajo de campo en este lugar lo llevé a cabo entre los meses de junio a diciembre del 2012 y junio a diciembre del 2013. Durante esos periodos hice uso de tres estrategias de recolección de información: historias de vida, entrevistas y conversaciones.

Entendí las historias de vida como

expresiones subjetivas únicas, ya que resultan de la forma como el sujeto define culturalmente su mundo y de este modo arrojan información sobre la visión que este sujeto tiene de sí mismo, sobre su situación en la

vida y la versión del mundo que este tiene en un momento particular. (Jimeno 2006, 39)

De esta técnica me interesó cómo los sujetos seleccionados narraban la experiencia vivida y cómo su relato construía y hacía parte de una realidad social e histórica municipal/regional. En función de esto, trabajé con un integrante (varones mayores de 70 años) de cada una de las tres familias fundadoras de Puerto Guzmán: los Guzmán, los Gil y los Rincón. Estas tres personas condensan lo que la socióloga Rocío Londoño ha definido como arquetipo: “aquella característica de individuo despersonalizado en la medida en que se personaliza en él un proceso colectivo” (1998, 21).

Para el caso de las entrevistas y las conversaciones, me contacté con los grupos familiares fundadores del municipio, con pobladores que nacieron en la región y con personas que a pesar de no cumplir con las dos características anteriores, han permanecido en la región durante los distintos controles armados de la guerrilla de las FARC. De todas estas personas me interesó conocer sus experiencias de vida en la región y sus prácticas cotidianas para confrontar la violencia. De este modo, realicé un total de 48 entrevistas a profundidad, de las cuales, 13 fueron a mujeres entre los 25 y 60 años, y 35 a hombres con el mismo rango de edad. A su vez, sostuve 25 conversaciones (10 con mujeres y 15 con hombres del mismo rango de edad que en las entrevistas).

Entendí por “conversaciones” aquel intercambio de información en momentos de la vida cotidiana que no fue planificado y que no estuvo estructurado bajo ningún esquema de preguntas o temáticas específicas. Dada la presencia de estructuras armadas en el municipio de estudio, esta técnica resultó muy útil, pues a través de ella pude observar y dimensionar aquellos temas vedados sobre los cuales muchas veces se guarda silencio. Las conversaciones las llevé a cabo con grupos familiares en sus espacios domésticos o sociales (fiestas, actos religiosos y políticos, lugares de recreación) y con personas en espacios laborales. En esta técnica no hice uso de grabadora ni de cualquier otra herramienta tecnológica de registro de información. Llevar notas y elaborar diarios

de campo fueron mis estrategias para registrar cada conversación.

Por su parte, las entrevistas estuvieron planificadas. Los espacios donde las llevé a cabo fueron los que las personas entrevistadas me sugirieron y consideraron eran los más pertinentes en términos de comodidad y seguridad. No todas las personas que entrevisté me autorizaron grabar, en estos casos recurrí a anotaciones.

“Los muchachos del frente 32 de las FARC”

En Putumayo, los grupos guerrilleros⁷ comenzaron a aparecer en el inicio de la década de los ochenta. El M-19 fue el primer grupo armado que “pasó y llegó” a este departamento, “pero fue un grupo que no pegó tanto. Eso rapidito se fueron. Estuvieron muy poco, si acaso un año” (Entrevista n.º 10, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012)⁸. Los campesinos de Putumayo supieron de la existencia del M-19 porque en abril de 1981 “una columna del Eme, al mando de Jaime Bateman, se toma Mocoa, la capital del Putumayo” (Vásquez 2011, 519). Posterior a esa toma, el “Eme se interna en la parte más rural de Mocoa, como La Tebaida, Puerto Umbría, Santa Lucía, Guzmán, y permanecen un tiempo en esas zonas” (Entrevista n.º 13, mujer adulta de Puerto Guzmán, 2012).

Durante esa temporada, el M-19 citó a los pobladores del casco urbano de la Inspección de Policía de Puerto Guzmán a algunas reuniones que se llevaron a cabo en la zona rural de esta inspección. En ellas, “el Eme nos hablaba sobre la necesidad de hacer

una revolución, de defender nuestras tierras. Tenían el lema de ‘¡con el pueblo, con las armas, al poder!’”. Con ese lema, empezaban y terminaban las reuniones” (Entrevista n.º 18, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012). Según mis entrevistados, “el Eme” no patrulló en ningún momento el casco urbano de Puerto Guzmán. Cuando

salían al pueblo desde el monte, el Eme salía sin armas. Eso sí, uno sabía que eran ellos por su pinta: barbados y con ropa oscura. Cuando hablaban con alguna persona, decían: ‘dejamos las armas en el monte y vinimos a hacer unas compras, somos del M-19’. Ellos tenían como respeto por la gente de que no los vieran armados. (Entrevista n.º 15, mujer adulta de Puerto Guzmán, 2012)⁹

Después de la salida del M-19 de Puerto Guzmán llegaron las FARC¹⁰. La entrada de este grupo se dio en el año 1982. Los campesinos (hombres y mujeres) con los que hablé recuerdan varios detalles de la llegada de “los muchachos”; las palabras que el comandante empleó cuando estuvieron reunidos forzosamente y las emociones que les produjo el discurso empleado por el jefe guerrillero. Mis entrevistados señalaron que para esa época Puerto Guzmán “era la tierra de nadie”. Dicha expresión estaba asociada al

alto grado de descomposición, pues habían atracadores, bandas de extorsionistas y grupos de mafiosos que metían orden de acuerdo a sus propias ideas de lo que era bueno o malo. Esto era como el lejano oeste,

7 Fernán González, Ingrid Bolívar y Teófilo Vásquez (2002), al referirse a la historia de la guerrilla en Colombia, plantean que esta ha transitado por las siguientes etapas: una guerrilla partisana (1966-1977) subordinada a un proyecto político, el partido comunista; una guerrilla en expansión (1977-1983), ofensiva, dotada de un plan y unas metas de crecimiento encaminadas hacia la toma del poder; la tregua de la Unión Patriótica (1984-1987), proceso fallido de incorporación a la vida legal; la recuperación-conquista del nomadismo, reorganización interna y total autonomía frente al aparato político (1987-1990); del asalto a Casa Verde a la VIII Conferencia (1990-1993); y el intento de pasar a la guerra de posiciones (1993-1998) (González, Bolívar y Vásquez 2002, 54 y ss.).

8 La Comisión Andina de Juristas - CAJ también señaló que la presencia de este movimiento guerrillero fue poco significativa en la región (CAJ 1993).

9 En 1983, el Ejército Popular de Liberación (EPL), luego de un mínimo trabajo político en los municipios de Mocoa, Puerto Asís y el Valle del Guamuéz, crea el frente “Aldemar Londoño”. Esta organización guerrillera logró tener un impacto mucho mayor que el M-19 en la región. Su existencia se prolongó hasta 1991, año en el que renunciaron a la lucha armada y se incorporaron a la sociedad civil (Cancimance 2012).

10 Las FARC llegaron al departamento de Putumayo a mediados de los años ochenta. Su llegada “[...] fue anterior al auge de la coca. Sin embargo, sería el papel de las FARC como reguladoras de un incipiente mercado promovido por el narcotraficante Rodríguez Gacha a partir de 1987, lo que facilitaría la consolidación del grupo guerrillero como autoridad en el Putumayo” (Ramírez 2001, 74). Actualmente, hacen presencia a través de los Frentes 32 y 48, como resultado de las directrices trazadas por el secretariado general de la organización en la VII Conferencia (1982) y la necesidad de expansión territorial y financiera de la guerrilla.

donde sobrevivía el más violento, el más fuerte, el que más armas tuviera. (Entrevista n.º 14, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012).

La ausencia social y militar del Estado en el lugar estaba en la base de estos problemas:

El Estado, nada. Solo los inspectores de policía eran lo único que conocíamos del Estado. Por eso, hay quienes piensan que en cierta forma la guerrilla fue útil aquí. En cierta forma, porque aquí era la tierra de nadie y fueron ellos los que empezaron a conquistarla poniendo el orden. (Entrevista n.º 17, mujer adulta de Puerto Guzmán, 2012)

Un lunes, sobre las siete de la noche, bajo el ruido que producían las plantas eléctricas (“porque en esa época no había luz”) y el de la música de las cantinas con sus “borrachos”, llegó un camión “cargado de por lo menos treinta hombres con pasamontañas, un trapo amarrado en la boca que les cubría hasta la nariz. Solo se les veía los ojos nomás. Y también traían, en la parte derecha de la cadera un galil y en la izquierda un machete” (Entrevista n.º 12, mujer adulta de Puerto Guzmán, 2012). Algunas de las primeras personas que vieron el camión creyeron que se trataba de un grupo de ladrones que había llegado a saquear el pueblo. “¡Santo Dios Bendito! No, pues, yo dije: nos mataron. Esos son atracadores, esos son los bandidos” (Entrevista n.º 12, mujer adulta de Puerto Guzmán, 2012).

Sin embargo, el grupo de hombres no había llegado para robar,

a pesar de ese pasamontaña y de estar armados, vimos que tenían uniformes, eso hizo que pensáramos que podían ser del Ejército. Ve, llegaron los soldados. Cuando un poco de gente dijeron: “No. Esos no son soldados. Los soldados nunca llegan tapados”. ¿Y entonces quiénes son? Ahí fue cuando se bajaron del camión. (Entrevista n.º 15, mujer adulta de Puerto Guzmán, 2012)

Una vez en tierra, algunos hombres ordenaron apagar la música de cada cantina y otros se movilizaron hacia las casas de la zona central del poblado con el propósito de reunir “forzadamente” al pueblo en un

lote grande que, para esa época, hacía de plaza de mercado, “al pie de donde ahora es la Alcaldía Municipal”.

Una vez reunidas las personas en la plaza de mercado, cada hombre armado empezó a quitarse su pasamontaña. Al unísono y milimétricamente alineados en una fila todos gritaron: “¡Somos las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia!, somos las fuerzas revolucionarias del pueblo, somos las FARC. Nosotros somos del pueblo, venimos a defenderlos” (Entrevista n.º 18, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012). Después de esta entrada, un hombre “más bien bajito, pero aguerrido y de piel canela” (Entrevista n.º 18, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012), que se presentó como comandante del Frente 32, tomó la vocería y con un tono de voz fuerte empezó a decir:

Venimos a meter orden a este pueblo. Que aquí cada uno hace lo que se le da gana. Aquí hay robos, aquí hay tráfico, aquí hay asesinatos, aquí hay bazuco, aquí hay chantajistas, hay extorsionistas, aquí hay muchos prostíbulos. Venimos a arreglar todo eso y a poner orden. Aquí hay mucha gente que hay que meterla en orden. (Entrevista n.º 18, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012)

La primera advertencia estuvo dirigida a todas las personas que se encontraban en la plaza de mercado: “Los que van a vivir aquí se van a establecer nada más pa’ vivir bien y en orden. Los que quieran vivir aquí deben acatar las normas, como ciudadanos de bien. Solo esos podrán seguir viviendo aquí” (Entrevista n.º 21, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012). Posteriormente, el discurso del comandante se centró en anunciar la necesidad de “matar” (Entrevista n.º 24, mujer adulta de Puerto Guzmán, 2012) a aquellas personas con “problemas de convivencia” y en defender un proyecto colectivo basado en la tranquilidad, custodiado por ellos:

Ese comandante nos dijo que a los malos, a los problemáticos que hacían el desorden en el pueblo, los iban a exterminar. El que mataba, el que fumaba merca¹¹, el que tramposeaba en los negocios, el que

11 Esta es la palabra empleada por los campesinos de Putumayo para referirse a la pasta base de la cocaína.

robaba, el que extorsionaba, el que secuestraba, todos esos iban directo al hueco. Así no lo dijo, sin ningún titubeo, lo más normal. También nos dijeron: los que no tengan problemas, los que crean que pueden vivir en sana paz, no deben tener miedo de nosotros. Nosotros venimos a respaldarlos, a que haya orden, a que nadie moleste la tranquilidad, pero los que están acostumbrados a hacer daños de pelea y a matar gente a la hora que les da la gana, cuando se toman un trago o cuando un vecino les quita un metro de tierra, mejor vayan desocupando, porque ahora sí llegamos nosotros. Nos encargaremos de que este pueblo sea tranquilo, defenderemos esa tranquilidad, los sapos se tienen que ir. (Entrevista n.º 21, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012)

La reunión convocada por la guerrilla de las FARC terminó sobre las diez de la noche. Los campesinos que se vieron obligados a participar en ella salieron directo a sus casas, con la plena certeza de que el pueblo que habitaban ya era distinto. Esa misma noche, las FARC asesinaron a cinco integrantes de una banda de extorsionistas, acto con el cual sellaron la toma y el control del pueblo.

Tan pronto se acabó la reunión, ¡tan, tan, tan, tan, tan!, muchos tiros. A cinco pelaron esa noche. Ellos ya venían con información de gente que andaba en malos pasos. Habían hecho inteligencia y entonces ellos llegaron, como quien dice, limpiando. (Entrevista n.º 16, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012)

Manuel reconoció que al día siguiente un pequeño número de personas abandonó el pueblo y “nunca más se volvió a saber de ellas”. Sin embargo, según mi entrevistado, “mucha gente esperó a ver qué pasaba, debiera o no debiera nada. Y los que nos quedamos y no debíamos nada empezamos a vivir un tiempo en el que la guerrilla era nuestra justiciera” (Entrevista n.º 16, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012).

Durante veinte años (1982-2002), el Frente 32 dominó Puerto Guzmán. Fue un periodo en el que este grupo armado estableció leyes específicas con las que reguló la vida cotidiana de los pobladores del lugar: los negocios, las propiedades, la familia, las relaciones afectivas, las relaciones de vecindad, las formas

de participación social, los momentos de diversión, las festividades y la religiosidad fueron espacios vigilados y controlados.

En esa época no hubo ejército, no hubo policía. Entonces, los guerros¹² eran los que mandaban, los comandantes ‘Hernan’, ‘Carroloco’, ‘El Negro’ y ‘Joaquín’ eran los que mandaban. Ya la ley eran ellos, en vez de andar la policía por aquí ya andaban ellos uniformados y todo. El ejército solo venía de paso. Entonces ellos eran los que convocaban a reuniones para tratar temas de la comunidad y eran muy estrictos. Porque ellos tenían unas reglas que las hacían cumplir. Por decir algo, reunían a la gente, “bueno, tienen que tener las calles bien limpias, los solares bien limpios y todo en orden”. Basuqueros, el que no dejaba el vicio se moría o se lo llevaban al monte y allá se arreglaba por las buenas o por las malas. Que había un matrimonio que estaba funcionando mal, ellos lo arreglaban. Y si no se arreglaba, pues el que haya tenido la culpa llevaba del arrume. Y así sucedió. (Entrevista n.º 11, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012)

Los campesinos con los que hablé me afirmaron que, durante “todos esos veinte años”, la guerrilla se dedicó a patrullar el casco urbano de Puerto Guzmán. Esta rutina empezaba a las “ocho o a las nueve de la mañana” y terminaba sobre las seis de la tarde. A partir de esta hora, “los guerrilleros se perdían, pues ellos no dormían en el pueblo sino en el monte. Ellos tenían campamentos en la parte más rural del pueblo y siempre estaban cambiando de lugar” (Entrevista n.º 16, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012). A pesar de esa “ausencia momentánea” de las FARC, los pobladores sentían que la guerrilla siempre los vigilaba.

Para todos nosotros, era clarísimo que los guerros no vivían acá en el pueblo, pero eso no significaba que la gente pudiera hacer cualquier cosa en la noche. Al contrario, todo funcionaba perfectamente, no había peleas ni nada. La vigilancia se sentía, así no estuvieran durante esas horas. Nadie andaba con problemas ni nada, pero había muertos frecuentes, por la mano

12 Palabra empleada por los campesinos de Putumayo para referirse a los integrantes de la guerrilla del Frente 32 de las FARC.

de ellos. (Entrevista n.º 17, mujer adulta de Puerto Guzmán, 2012)

Esta noción de orden, extendida hasta en la noche, fue construida a partir de acciones violentas con las cuales las FARC ejercieron su poder.

El dominio armado ejercido en Puerto Guzmán por las FARC tuvo sus particularidades. Durante los diez primeros años (1982-1992), el énfasis fue puesto en el control de la convivencia entre los habitantes de este municipio. A partir del año 1993 y hasta el 2000, periodo del auge cocalero, la atención del Frente 32 se enfocó en el control del circuito de producción y comercialización de la pasta base de la cocaína. Finalmente, entre los años 2000 y 2002, periodo en el que empiezan a llegar y a asentarse la fuerza pública y los paramilitares en Puerto Guzmán, las FARC ejercieron un tipo de control más militar. Estas formas de dominio armado fueron claramente identificadas por los campesinos de Puerto Guzmán y requirieron de formas y prácticas específicas, no solo para interactuar con los armados, sino para permanecer en el territorio.

“Corrimos el riesgo de vivir acá”: prácticas para habitar el lugar

Andrés: Don Erasmo, en medio de toda esa historia violenta por la que ustedes han tenido que pasar, ¿quiénes lograron sobrevivir en Puerto Guzmán?

Erasmo: Los finqueros de tradición o los fundadores del pueblo, los indígenas que tienen asentamientos en el municipio y una que otra persona foránea, es decir, mucha gente que vino de afuera y compró su finquita y le gustó la tierra y decidió permanecer, pues luchándola ya sin la coca, buscando otras alternativas. Hubo mucha gente que vino y le encantó la ganadería y se pusieron a abrir fincas. Entonces ya es verraco dejar uno lo que ha trabajado diez, doce años, dejarlo botado e irse, pero ¿para dónde? Si por fuera de acá la vida también es muy difícil. Entonces mucha gente se quedó radicada acá, ya con su finca. Ah, otros que se quedaron fueron los asentamientos afrodescendientes. Y también los funcionarios públicos, como los docentes que es gente que vino a trabajar acá y se radicaron

en la región y les gustó y están viviendo. Gente que tiene inversiones aquí, ya tienen su casa, tienen sus cositas, su negocio. (Entrevista n.º 23, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012)

Todas las personas entrevistadas en la investigación doctoral (Cancimance 2014) fueron indagadas sobre qué hacían para poder permanecer en sus territorios, en medio del conflicto armado y la muerte violenta. Una constante en sus respuestas fue el hecho de haber tomado el riesgo de vivir “en estas zonas tan peligrosas”, porque “esta tierra no es para el que quiera quedarse sino para el que pueda”. Así me lo plateaba Erasmo, un caqueteño que llegó a Puerto Guzmán hace más de 20 años:

La gente sabe que venir a estos lados se corre un riesgo permanente. Los que vivimos acá, sabemos que estamos sujetos a un riesgo, pero las ganas de subsistir, de tener algo, vencen todas esas preocupaciones. Es decir, uno puede decir que la gente corrió el riesgo. Y los que aguantamos ese riesgo permanente vivimos aquí, porque mucha gente que vino y no tomó el riesgo de forma completa se fue o la mataron. Pero había mucha gente que no le temió al riesgo, por ejemplo, yo vivía en otros lados y la vida por allá es difícil. Para uno lograr hacer un plante¹³ para uno subsistir de ese plante, es muy difícil en otro lado. Es que aquí las tierras son baratas, aquí las casas eran económicas y, entonces, como las tierras eran económicas mucha gente decidió venir y comprar su territa acá. (Entrevista n.º 23, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012)

En la narrativa de este hombre existen varios “tipos de riesgo”. El primero se presenta cuando alguien toma la decisión de vivir “en cualquier parte de Putumayo”. Para don Erasmo, este es el “riesgo cero”: “el solo hecho de venir a vivir acá en Putumayo ya uno puede decir que es un tipo de riesgo, pues uno sabe desde un principio que estos lugares son peligrosos”. Pero para él, este riesgo es “menor”, porque para quedarse en sitios como Puerto Guzmán no es “suficiente haber tomado la decisión de venir”. Ahí es cuando

¹³ El plante es el patrimonio material que los campesinos logran consolidar a lo largo de su experiencia de vida en la zona: propiedades, dinero, etc.

mi entrevistado describe un segundo tipo de riesgo: el de permanecer en el lugar. Se trata del “riesgo de vivir valientemente en medio de la violencia”.

Es en este riesgo que uno sabe de verdad quién está hecho para quedarse en estos sitios, pues es muy fácil que una persona después de que mira a la guerrilla o ve muertos de bala o presencia un hostigamiento, empaca sus cosas y se va. (Entrevista n.º 23, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012)

Finalmente, don Erasmo habló de un tercer tipo de riesgo que se presenta cuando “una persona ha sido perjudicada directamente por la violencia”. Para él, este es “el riesgo de convivir con el dolor” y da cuenta de la capacidad de “la gente” para permanecer en el lugar después de haber sufrido algún acto violento.

Cuando una persona ha sido herida por cualquier cosa, como la muerte de un familiar muy querido, un accidente con minas antipersonales, una extorsión grande, una golpiza que afectó su cuerpo y su vida, la pérdida de sus propiedades, pero que a pesar de todo eso continúa viviendo acá, es una persona que tomó el riesgo de quedarse a convivir con ese dolor. Esto hay que admirar, porque es gente valiosa, que por su arraigo a esta tierra se queden a pesar de esa catástrofe, es de admirar. (Entrevista n.º 23, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012)

La “valentía” y el “haber tomado el riesgo” para quedarse a habitar el lugar son los que hacen posible las prácticas que pueden agruparse en dos categorías: Ser “buenos convivientes” y reafirmarse en un principio de neutralidad.

“Ser un muy buen conviviente”

Según la experiencia de vida de varios de mis entrevistados, una estrategia recurrente para vivir en Puerto Guzmán fue la de ser un buen “conviviente”. Lo cual significaba ser una persona que no se involucraba en problemas, sino que establecía un “buen comportamiento en cualquier situación”. Esto me lo hizo saber don Ricardo, un campesino “oriundo” del Caquetá que ha vivido durante 22 años en Puerto Guzmán:

La otra forma para estar acá fue estar relacionado con una muy buena convivencia. Ser un muy buen conviviente¹⁴. Ser un muy buen habitante. Porque eso se dio. Yo lo digo por experiencia propia. Yo vivo aquí, llevo veintidós años y estuve en la época de la guerrilla y en la época cocalera. Y vengo de un pueblo muy caliente en el Caquetá, calentísimo, Puerto Torres, Caquetá. Y permanecí allá y permanecí aquí, sin un rasguño, pero mi convivencia fue muy sana, muy respetuosa. (Entrevista n.º 32, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012)

Según don Ricardo, ser un “buen conviviente” implicaba también “manejar una disciplina muy recta”, que para él estaba conformada por la honorabilidad y la confianza que determinada persona podía transmitir en cualquier espacio de la vida cotidiana: el trabajo, la familia, las relaciones de vecindad. Don Ricardo me insistió que durante el control guerrillero, estas características “las tenían varias personas de Puerto Guzmán, porque así como eran gente cocalera, era ante todo gente campesina muy honorable, es decir aquí hubo cocaleros muy buenas personas. El campesino, como tal, cocalero” (Entrevista n.º 32, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012). Estos campesinos me fueron descritos por don Ricardo como “gente que eran muy señores, muy caballeros, muy respetuosos”. Valores con los cuales “se ganaron ese respeto ante la comunidad y ante los grupos armados y de la gente que venía de afuera. Entonces, eso hizo de que mucha gente pudiera vivir acá sin ser amenazado, robado o sin que lo mataran” (Entrevista n.º 32, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012).

Aquí hay personajes muy serios, muy elegantes y aún conviven, entre toda la guerra, entre todas las cosas, viven y vive su familia, porque supieron vivir, digámoslo así, supieron vivir. Es el caso aquí de la familia Guzmán, el caso de la familia Ferrín, el caso de la familia Guaca, el caso de la familia Rincón, ¿sí? Varios casos de varias familias, que a pesar de que hubo tanta bonanza, que hubo tanta plata, tantas cosas, siempre fueron unas personas que trataron de

¹⁴ Palabra con la que los campesinos describen a una persona amable, solidaria, respetuosa y con una excelente convivencia.

trabajar legalmente y supieron convivir ante toda la gente. Pues, esa gente subsistió. (Entrevista n.º 32, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012)

“Ser un buen conviviente” requirió de acciones concretas a partir de las cuales los campesinos de Puerto Guzmán lograron resguardar la vida. Don Ricardo me enunció las siguientes:

El que no se metía en bochinchas, el que si se tomaba una cerveza se la tomaba con decencia, el que le hacía un servicio a la comunidad, el que era buen patrón. Entonces, toda esa gente logró vivir y aún vive acá. Pero las características eran esas, como ese carisma, ese respeto, esa seriedad en todos los negocios. Por ejemplo, yo he sido muy tolerante y he sido muy caballero con todo mundo y nunca he tenido problemas personales con nadie. Entonces, uno asume que por el hecho de tener un buen comportamiento uno puede tener ese respeto hacia la vida, ¿no? Eso asume uno. Si yo me comporto bien, tengo un buen comportamiento y con nadie me meto, yo asumo que van a respetar mi vida. (Entrevista n.º 32, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012)

A pesar de esto, don Ricardo también reconoció, con un halo de incertidumbre, que “siempre existirá un riesgo”, una posibilidad de morir violentamente.

Aquellas personas que no estaban dentro del grupo de los “buenos convivientes”, “los que no eran reconocidos en la comunidad” o no contaban con el apoyo de “gente influyente que pudiera defenderlas”, corrían mayor riesgo de ser asesinadas. Don Ricardo me contó la historia de un joven que fue asesinado con sevicia, y cuya familia, por no “tener contactos de gente respetable”, no pudo evitar su muerte:

Aquí hubo un caso tenaz: una pelea por allí en esa calle. Un problema, y resulta que un muchacho puñaleó a otro, creo que en defensa, el muchacho salió y aquí había otro muchacho que tenía un grupito, era comisionista y tenía un grupo fuerte (aquel que tiene el poder de las armas) y se fue y buscó a ese otro muchacho que le había puñaleado el trabajador y lo cogieron y lo sacaron y lo amarraron de los pies y lo cogieron de rastra en una moto por todas las calles, por todas las calles de rastras, vivo, y se lo llevaron

donde estaba la mamá y se lo mostraron y se le orinaron en la cara, y la mamá arrodillada, suplicándole que no lo mataran y lo mataron ahí. Y la gente no hizo y no pudo hacer nada, pues era un peligro enfrentarse a un grupo fuerte. Ahí lo único que era, que hubiese sido otra familia fuerte. Es decir, si hubiera sido otra familia fuerte, de pronto no hubiera pasado eso, pero era una familia prácticamente indefensa, sin reconocimiento, sin riqueza, pobres. Entonces nadie se metió, pero si hubiera sido otra familia fuerte yo creo que no hubiera sucedido porque ellos también temían. Es decir, entre combos fuertes se respetaban, pero el que no pertenecía a esos combos y estaba en cualquier problema, llevaba. (Entrevista n.º 32, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012)

“Nadie me decía feo, nadie me decía bonito”: la neutralidad

Otra estrategia empleada por los campesinos de Puerto Guzmán para habitar el lugar fue no involucrarse con los armados o con el grupo de los fuertes (los que tenían el poder de las armas). Se trató de una acción basada en una idea de neutralidad asociada también a saber convivir en el territorio. A diferencia de la condición anterior (“ser un buen conviviente”), que plantea rasgos estéticos y éticos, como la elegancia y el respeto, la neutralidad se inserta en un modelo moral de interacción con los otros. Y concretamente con los otros armados o auxiliares de los armados. Y el modelo consistía en proporcionar información, responder preguntas, en mostrarse como cordial, pero nunca en establecer una alianza o un vínculo directo con el que pregunta. Nunca entrar en detalles, “solo decir lo obvio, lo que está a la vista de todos”: el silencio de lo que no hay que decir.

Esta noción de neutralidad es muy distinta a la que otros grupos poblacionales en el país promulgan en la defensa de sus territorios. Una neutralidad vaciada de la presencia armada, tal como ocurre con la Comunidad de Paz de San José de Apartadó en el departamento de Antioquia, que demanda la no presencia de ningún actor armado ya sea legal o ilegal. En Puerto Guzmán los campesinos no piden que los armados no estén, sino que propugnan porque se

establezcan dominios armados únicos, leyes claras, pues cuando este orden armado se disputa la violencia aumenta y los campesinos se ven afectados.

Cuando hay un solo grupo que está controlando todo, ahí no hay mucha violencia que afecte a toda la población. Cuando empiezan a llegar muchos grupos es que la violencia se generaliza y los más afectados somos nosotros los civiles. (Entrevista n.º 17, mujer adulta de Puerto Guzmán, 2012)

Ahí está presente ese modelo moral que acepta un monopolio de la violencia, sin importar si es legal o ilegal. Sobre esto don José me dijo:

Acá nos hemos mantenido neutrales. A quien lleve se le brinda un tinto, una limonada sin pensar en quién es, a qué viene, pa' dónde va... Neutrales. Como yo siempre les decía los capitanes [de la policía], el campesino es una pelota de fútbol, donde todo el mundo la patea. A nosotros los campesinos nos mandaron a servir sin mirar a quién, neutrales, sin involucrarnos con los armados, sin la necesidad de colaborarles, pues "qué pena, yo soy de mi hogar y no me mezclo". (Entrevista n.º 11, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012)

Doña Laura también se refirió a esta estrategia de neutralidad. Ella me dio el siguiente ejemplo:

Si uno, por ejemplo, llegaba el ejército y momentos antes había estado la guerrilla, y el ejército preguntaba "¿ustedes han visto a la guerrilla?". La neutralidad consiste en responderles a ellos que sí, que la guerrilla estuvo aquí. Y lo mismo cuando la guerrilla pregunta por el ejército... responder, esa es la clave, porque ellos solo preguntan para ponerlo a prueba a uno, ellos ya tienen toda la información y en esos detalles es que cada grupo saca conclusiones de quiénes son los que colaboran. Entonces la idea de la neutralidad es que no nos mezclamos en la guerra, la vivimos porque nos toca padecerla. (Entrevista n.º 5, mujer adulta de Puerto Guzmán, 2012)

Varios de mis entrevistados coincidieron en esa idea de proporcionar información básica sobre uno u otro actor armado presente en el lugar. Ellos me argumentaban que de ese modo se vivía la neutralidad.

Doña Mónica, por ejemplo, recordó que "la misma guerrilla" les decía y les recomendaba a los campesinos que

si el ejército o la policía nos pregunta díganos que sí, que sí pasamos por aquí, que por aquí estuvimos, que nos busquen en el monte, que allá los esperamos. Entonces, cuando el ejército nos preguntaba "¿y la guerrilla?", nosotros decíamos, sí, por aquí pasaron ayer. Quién les dice que no pasen por aquí. Con esta respuesta el ejército así mismo se daba cuenta que uno era neutral, que uno no era colaborador. (Entrevista n.º 8, mujer adulta de Puerto Guzmán, 2012)

Este tipo de neutralidad, descrita por los campesinos de Puerto Guzmán, traía consigo la posibilidad de "evitar" que fueran involucrados con cualquier grupo armado presente en el lugar. El relato de don Guillermo daba cuenta de este profundo deseo:

Que, por ejemplo, el ejército o la policía quería formar un bloque de informantes... que los campesinos les colaboráramos... uno les decía que no, qué pena, tenemos nuestras familias y consideramos que a ustedes son a los que han mandado para ello, mas nosotros los civiles no nos mezclen en eso. Entonces, de esa manera, nos hemos mantenido a que no nos involucren en asuntos de ellos. Yo aquí los que vienen, me piden un favor, con mucho gusto. Y hasta ahora he prevalecido aquí, porque, por ejemplo, a veces nos preguntan, "bueno, y ustedes ¿qué les ha dicho la guerrilla, porque está la policía ahí?". Les digo a nosotros nunca nos dicen nada, porque si pasan, pasan de civiles porque a nosotros no nos preguntan nada. Entonces ellos saben que uno se ha mantenido neutral. O sea, los que actualmente estamos aquí es porque hemos sabido vivir. (Entrevista n.º 29, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012)

Teniendo en cuenta lo que ya me había dicho don Agustín sobre su vida en Puerto Guzmán durante el dominio guerrillero, le pregunté cómo había hecho para que "nunca le pasara nada". Él también me dijo que su "neutralidad" era lo que le había permitido sobrevivir como líder comunitario en ese pueblo y en Putumayo. Para ilustrar su respuesta comentó que durante el tiempo que se desempeñó como inspector

de policía de Puerto Guzmán (1977-1979 y 1985) había hecho más de cien levantamientos de cadáveres de personas asesinadas. Muchos de esos levantamientos los había tenido que hacer solo (“y hasta echárselos al hombro”) porque nadie más en el pueblo se atrevía a exponerse a las potenciales represalias por ayudar a la identificación e inhumación de los asesinados. Según él, su “decencia” era lo que hacía que los perpetradores de estos asesinatos respetaran su vida; pues él era una persona que nunca había fumado ni tomado “más de tres cervezas”. Al afirmar esto, don Agustín parecía estar estableciendo un vínculo directo entre decencia y neutralidad.

Para don Agustín fue ese respeto el que le permitió detener el asesinato de un joven. Un día en 1985, cuando Puerto Guzmán “pasó de Puerto Machete a las pistolas” (de asesinatos con armas blancas a muertes por arma de fuego), un muchacho entró corriendo a su casa (donde en ese entonces funcionaba una panadería) huyéndole a un grupo de “narcos muy peligrosos y con mucha plata”. Como el muchacho recientemente había llegado al pueblo, los “narcos” lo querían matar porque creían que él hacía parte de una banda que se dedicaba a asaltar las caletas de dinero del narcotráfico. El miedo le permitió al joven avanzar hasta el baño de la panadería donde se encontraba don Agustín, a este le rogó que no lo dejara matar. Don Agustín salió a la calle “a ver qué pasaba” y enfrentó a los narcos diciéndoles que dentro de su casa no matarían a nadie. Y así fue. Como si todavía no entendiera de qué manera asumió ese riesgo, solo se limita a decir “Dios me dio valor”.

Pese a estar orgulloso de su decencia, la misma que le permitió quedarse en el pueblo, no deja de notar con cierta amargura sus costos. Para él esto fue claro cuando ejerció “liderazgo verdadero” (honesto) en el ámbito del trabajo político con las organizaciones sociales de Putumayo. Después de muchos años de haber participado en actividades comunitarias y de liderazgo (marchas, talleres de liderazgo y reuniones políticas) su esposa le hizo caer en la cuenta que un liderazgo verdadero equivalía a la pobreza del líder y al abandono de su familia. Un día después de regresar de una de sus tantas “giras” por el departamento, cuenta don Agustín, su esposa cogió

la carpeta donde guardaba todos los documentos de sus actividades y le dijo sarcásticamente “qué le preparo con esto; una sopa, un sudado o un asado”. Desde entonces, según mi entrevistado, su actividad política disminuyó, pues él no concebía ser un “líder interesado”, de esos que “llegaron ayer (a Puerto Guzmán) y ya tienen mucha plata. Como por ejemplo, un hombre que llegó con herramientas de mecánica, hizo un contrato con la alcaldía y ahora es dueño de una ferretería, de unas bodegas y varias casas en el pueblo”.

Al finalizar esta conversación, don Agustín me recalcó que su sobrevivencia y la de su familia en Puerto Guzmán, pese a la pobreza, fue resultado de la honestidad y la decencia que no son otra cosa que la neutralidad. Por eso “nadie me decía feo, nadie me decía bonito”.

Reflexiones finales

Las reflexiones que hice a lo largo de este artículo se enmarcaron en la idea conceptual de que

[...] los conflictos armados se trasladan a la vida de las personas a modo de representaciones y lenguajes que los hacen narrables, a modo de ideas, de conceptos, de marcos interpretativos que logran transformar las circunstancias del conflicto en una forma de experiencia social explicable [...] e interpretable desde el ejercicio de sus prácticas de trabajo y pensamiento. (Tobón 2008, 31)

Si bien esta idea es trabajada por Marco Tobón (2008) en su investigación con los indígenas que habitan la zona del medio río Caquetá —los uito, muinane, andoke y nonuya—, considero que también es pertinente para el análisis de los colonos-campesinos que viven en lugares afectados por el desarrollo y la intensificación del conflicto armado colombiano como Putumayo. Al igual que los indígenas, los campesinos hacen uso de las herramientas culturales y políticas que están a su alcance para sobrevivir a la violencia.

Con esto no estoy sugiriendo que Marco Tobón atribuya la existencia de recursos culturales solo a los grupos indígenas o que ellos se reduzcan a una identidad étnica. Mi interés en resaltar la particularidad de

este estudio se relaciona con el reto de pensar en los términos que el autor propone frente a un grupo poblacional de Putumayo representado históricamente como desarraigado. ¿Cómo explican e interpretan la experiencia social del conflicto estos colonos?, ¿cuáles son sus especificidades culturales y, por consiguiente, interpretativas, sin que se trate de un grupo étnico, como es el caso de los indígenas del medio río Caquetá, cuyo marco cultural interpretativo se ve tan claramente diferenciado del de la sociedad hegemónica? Estas son dos cuestiones por las que me interesé en mi investigación doctoral.

Las prácticas que describí anteriormente dan cuenta precisamente de la capacidad que tienen las personas para vivir en medio de un territorio violento y lo que eso implica en términos de recurrir a acciones concretas para mantenerse a salvo de la muerte violenta. Es decir, la capacidad de los habitantes locales de Puerto Guzmán de participar de la violencia como sujetos provistos de *recursos culturales*¹⁵ con los que encarar las experiencias de sufrimiento social¹⁶ (Das, Kleinman y Lock 1997) y no simplemente como “víctimas” pasivas frente a los actos violentos de los grupos armados.

Esta mirada está soportada en la noción que desde la antropología se ha hecho sobre la(s) violencia(s). Para Carolyn Nordstrom y Antonius Robben “la manifestación de la violencia es tan flexible y transformadora como las personas y culturas que la materializan, la emplean, la sufren y la vencen” (1995, 6). Así, estos autores argumentan que la violencia no puede reducirse a algún principio fundamental

del comportamiento humano, a una estructura básica universal de la sociedad ni a un proceso general biológico o cognitivo. Para ellos, la violencia debe entenderse como una *manifestación cultural*. Desde esta perspectiva, la violencia es pensada como una dimensión de la vida y de la cultura, y no como un dominio exclusivamente de la muerte o de lo extraordinario (Das, Kleinman y Lock 1997; Jimeno 2004 y 2003; Nordstrom y Robben 1995; Scheper-Hughes y Bourgois 2004).

En la misma dirección, Veena Das, Arthur Kleinman y Margaret Lock (1997) también cuestionan las ideas generalizadas sobre los fenómenos de violencia como acontecimientos opuestos o extraordinarios a las dinámicas denominadas “normales” en el orden social. Para estos autores, la violencia debe estar ubicada en las relaciones asimétricas de poder que estructuran el campo de la plausibilidad y la acción social de los sujetos. A su vez, Scheper-Hughes y Bourgois (2004) proponen la necesidad de estudiar la violencia no como un acto lineal sino como un *continuum* (cadenas, espirales o espejos) que permea numerosos aspectos de la vida social y cultural, que configuran y reconfiguran formas sumamente particulares de la subjetividad.

El deseo de permanecer en el lugar para construir un destino más allá de la guerra pone de presente la importancia de revisar el concepto de *vida cotidiana*, pues la forma en que ese deseo se materializa devela las maneras en que los seres humanos viven su vida práctica (Lindón 2000). Sobre esto, Norbert Elias enfatiza que lo cotidiano es un concepto clave de algunas escuelas sociológicas contemporáneas que centran su atención en aspectos subjetivos de la convivencia humana. De hecho, para este autor, el análisis de la vida cotidiana evidencia los sentidos con que los implicados mismos experimentan los diversos aspectos de su convivencia (1998, 333-334). Aquí es donde ubico el principal aporte de este concepto: ver los sentidos y significados del accionar humano que, para el caso que estudio, tiene que ver con la decisión que toma un grupo de colonos-campesinos de quedarse en un espacio en medio del conflicto armado.

15 Entendidos como: “[...] conjunto de prácticas (económicas, religiosas, familiares, ceremoniales) y [...] las ideas, nociones, representaciones y conceptos ligados a tales prácticas, con los que las personas no solo reproducen la estructura social de su modo de vida, sino también los que son puestos en marcha para afrontar y otorgar sentido a hechos y circunstancias extraordinarias” (Tobón 2010, 160).

16 Veena Das, Arthur Kleinman y Margaret Lock definen el sufrimiento social como “el ensamblaje de problemas humanos que tienen sus orígenes y consecuencias en las heridas devastadoras que las fuerzas sociales infligen a la experiencia humana [...] resulta de lo que los poderes políticos, económicos e institucionales le hacen a la gente y, recíprocamente de cómo estas formas de poder influyen en las respuestas a los problemas sociales” (1997, ix).

En términos generales, entiendo lo cotidiano como el “lugar fundamental de intersección entre el individuo y la sociedad” (Lindón 2000, 10, citando a Wolf). Si bien la decisión de permanecer en el territorio es un asunto individual y familiar, esta no es posible si no se inscribe en un sistema de relaciones sociales más amplio. En razón de ello, Lindón propone que

la relevancia de estudiar lo cotidiano precisamente radica en que es allí donde “se hace, se deshace y se vuelve a hacer” el vínculo social, es decir, las relaciones entre los hombres [...] lo cotidiano es el lugar en donde se juega la socialidad de la alteridad. (2000, 10)

Lo cotidiano entonces cumple con el compromiso de asegurar la permanencia de lo social.

¿Qué hacen las personas para poder permanecer en territorios de conflicto armado? fue la pregunta que durante mi trabajo de campo les formulé a diversos pobladores que habitan la cabecera municipal de Puerto Guzmán. La pregunta les generó asombro, no solo porque se conectaron con los recuerdos y las vivencias de la violencia por las que han tenido que pasar, o porque se hicieron conscientes de que la muerte violenta los ha rondando y perseguido durante varias décadas, sino porque no habían pensado antes sobre cómo habían hecho para sobrevivir durante tanto tiempo en esta región del país catalogada como “zona roja”.

En la narrativa de estos pobladores encontré que la constante para habitar zonas donde prevalece la muerte violenta era *haberse arriesgado a vivir*. Y esto ha sido posible a partir de la puesta en marcha de prácticas concretas soportadas en un concepto central: se trata de la noción de *convivencia*, que para las personas con las que hablé significa vivir estratégicamente con unos *otros* plenamente identificados, ubicados y caracterizados. Esta noción se sostiene sobre lo que llamo actitud de silencio, es decir, una forma susurrada de enfrentar las condiciones de violencia. Rige para cualquier escenario de la vida cotidiana en el que determinado poblador o grupo familiar se encuentre, es decir, frente a los vecinos, a la guerrilla, a los paramilitares, los narcotraficantes o a la fuerza

pública. Y no se trata de una noción que despolitice a los sujetos, pues en Putumayo y en otras regiones del país es esta concepción particular de convivencia la que les ha permitido construir un cierto tipo de poder, unas estrategias específicas, o una micropolítica, en términos más foucaultianos, para habitar el lugar. James Scott denominaría este tipo de convivencia como una “conducta política, muchas veces casi inaprensible, de los grupos subordinados” (2000, 20) que se adopta de forma estratégica y oculta.

Los campesinos con los que he hablado y compartido me han descrito su necesidad de resistir a la violencia o al poder que los armados han instaurado, desde una apariencia de *no resistencia*. Para Scott, tal apariencia se origina en la identificación de una estructura de dominación, a partir de la cual “toda oposición racional tendrá la forma de una infrapolítica: una resistencia que evita cualquier declaración explícita de sus intenciones” (2000, 259). Estos campesinos me han invitado a observar y entender la convivencia más allá de una mera idea de aceptación o de una plena identificación con las acciones armadas o con determinado tipo de control: ellos resisten mediante la convivencia y desde esa disposición protegen sus vidas en el territorio. Alrededor de ella crean más estrategias o prácticas para habitar un lugar, tales como las que describí en este artículo (“ser un buen conviviente” y “ser neutrales”).

Ahora bien, en sus términos, vivir con otros o convivir se diferencia radicalmente de otros valores o posibilidades de compartir un mismo territorio, esto es, “colaborar”, “ser solidarios”, “armar comunidad” o “crear afectos”. Esta aclaración, que en la narrativa de los habitantes es reiterativa, adquiere mucho sentido si tenemos en cuenta que sobre gran parte del territorio de este departamento, históricamente, y desde diversas orillas, se ha estigmatizado a su población como “auxiliar” o “colaboradora” de la guerrilla u otro grupo armado. Hay quienes militaron y simpatizaron con los grupos armados, hay quienes solo convivieron con esa situación. Y esta diferenciación es trascendental para todas las personas con las que compartí.

Referencias bibliográficas

- Arocha, Jaime. 2011. "Etnografía, diversidad cultural y autocalibración". En *Estrategias metodológicas en la investigación sociojurídica. Cátedra de investigación jurídica del Centro de Investigación en Política Criminal*. 213-236. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Cancimance, Andrés. 2012. *Memorias en silencio: la masacre de El Tigre, Putumayo. Reconstrucción de memoria histórica en Colombia*. España: Editorial Académica Española.
- Cancimance, Andrés. 2014. "Echar raíces en medio del conflicto armado. Resistencias cotidianas de colonos en Putumayo". (Tesis para optar al título de Doctor en Antropología. Universidad Nacional de Colombia).
- Comisión Andina de Juristas. 1993. *Putumayo. Serie de informes regionales de derechos humanos*. Bogotá: Códice.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. 2011. *La masacre de El Tigre, Putumayo. 9 de enero de 1999. Reconstrucción de memoria histórica en el Valle del Guamuéz*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. 2012. *El Placer. Mujeres, coca y guerra en el bajo Putumayo*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Das, Veena, Arthur Kleinman y Margaret Lock. 1997. *Social suffering*. Berkeley: University of California Press.
- Elias, Norbert. 1998. "Apuntes sobre el concepto de lo cotidiano". En: *La civilización de los padres y otros ensayos*. 331-347. Bogotá: Norma.
- Foucault, Michel. 1988. "El sujeto y el poder". *Revista Mexicana de Sociología* 50(3): 3-20 México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- González, Fernán, Ingrid Bolívar y Teófilo Vásquez. 2002. *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción de Estado*. Bogotá: Anthropos.
- Jimeno, Myriam. 2004. *Crimen pasional. Contribución a una antropología de las emociones*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Jimeno, Myriam. 2006. *Juan Gregorio Palechor: historia de mi vida*. Bogotá: Consejo Regional Indígena del Cauca / Instituto Colombiano de Antropología e Historia / Universidad del Cauca / Universidad Nacional de Colombia.
- Lindón, Alicia. 2000. "Del campo de la vida cotidiana y su espacio-temporalidad: una presentación" En: *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. 7-18. Barcelona: Anthropos.
- Londoño, Rocío. 1998. "Biografía e historia social: el caso de Juan de la Cruz Varela y la provincia del Sumapaz". En: *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales*. Tomo I. Lulle, Thierry, Pilar Vargas y Lucero Zamudio. Bogotá: Anthropos.
- Nordstrom, Carolyn y Antonius Robben. 1995. *Fieldwork under fire: Contemporary studies of violence and survival*. Berkeley: Universidad de California Press.
- Orosio, Flor Edilma. 2001. "Entre la supervivencia y la resistencia. Acciones colectivas de población rural en medio del conflicto armado colombiano". *Cuadernos de Desarrollo Rural* (47): 55-80. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Progoff, Ira. 1985. *At a journal workshop*. Nueva York: The Dialogue House.
- Ramírez, María Clemencia. 2001. *Entre el Estado y la guerrilla. Identidad y ciudadanía en el movimiento de campesinos cocaleros del Putumayo*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Scheper-Hughes, Nancy y Philippe Bourgois. 2004. *Violence in war and peace: An anthology*. Malden: Blackwell.
- Scott, James. 2000. *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México: Ediciones Era.
- Tobón, Marcos. 2008. "La mejor arma es la palabra". La Gente de centro – kigipeurúki y el vivir y narrar el conflicto político armado. Medio río Caquetá-Araracuara 1998-2004. (Tesis para optar al título de Magíster en Estudios Amazónicos. Universidad Nacional de Colombia).
- Tobón, Marcos. 2010. "Animalizar para distinguir. Narraciones y experiencias del conflicto político armado entre la Gente de centro". *Revista Colombiana de Antropología* 46(1): 157-185. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Vásquez, María Eugenia. 2011. *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá.

Bibliografía complementaria

- Chaves, Milciades. 1945. "La colonización de la Comisaría del Putumayo: un problema etno-económico-geográfico de importancia nacional". *Boletín de Arqueología* 1(6): 567-598. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Culma, Edinso. 2013. "Militares, parentesco y la construcción del Estado local en Leguizamo (Putumayo)". (Tesis para optar por el título de Magíster en Antropología. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Ecuador).

- Dane. 2005. *Censo General 2005. Perfil departamental*. Bogotá: Dane.
- Das, Veena. 2008. *Veena Das: sujetos de dolor, agentes de dignidad*. Compilado por Francisco Ortega. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia / Instituto Pensar. Pontificia Universidad Javeriana.
- Das, Veena, Arthur Kleinman, Mamphela Ramphele y Pamela Reynolds. 2000. *Violence and subjectivity*. London: University of California Press.
- Espinosa, Nicolás. 2010. *Política de vida y muerte. Etnografía de la violencia diaria en la sierra de la Macarena*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Gómez, Augusto. 2005. "Putumayo. Indios, misión, colonos y conflictos. 1845-1970. Fragmentos para una historia de los procesos de incorporación de la frontera amazónica y su impacto sobre las sociedades indígenas". (Tesis para optar al título de Doctor en Historia. Universidad Nacional de Colombia).
- Jansson, Oscar. 2008. *The cursed leaf. An anthropology of the political economy of cocaine production in southern Colombia*. Uppsala: Uppsala Universitet.
- Jimeno, Myriam. 2003. "Unos cuantos piquetitos. Violencia, mente y cultura". *Palimpsestus* 3: 110-125. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Nordstrom, Carolyn y Joam Martin. 1992. *The paths to domination, resistance and terror*. Berkeley: University of California.
- Steiner, Claudia. 2009. "Almas en pena. Una aproximación antropológica a las prácticas violentas en zonas de conflicto". En: *A la sombra de la guerra. Ilegalidad y nuevos órdenes regionales en Colombia*. Camacho, Álvaro, María Wills, María Rivera, et al. 295-312. Bogotá: Universidad de Los Andes.
- Taussig, Michael. 2003. *Law in a lawless land. Diary of a "limpieza" in Colombia*. New York: The New Press.

Entrevistas

- Entrevista n.º 2, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012.
- Entrevista n.º 5, mujer adulta de Puerto Guzmán, 2012.
- Entrevista n.º 8, mujer adulta de Puerto Guzmán, 2012.
- Entrevista n.º 10, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012.
- Entrevista n.º 11, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012.
- Entrevista n.º 12, mujer adulta de Puerto Guzmán, 2012.
- Entrevista n.º 13, mujer adulta de Puerto Guzmán, 2012.
- Entrevista n.º 14, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012.
- Entrevista n.º 15, mujer adulta de Puerto Guzmán, 2012.
- Entrevista n.º 16, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012.
- Entrevista n.º 17, mujer adulta de Puerto Guzmán, 2012.
- Entrevista n.º 18, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012.
- Entrevista n.º 21, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012.
- Entrevista n.º 23, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012.
- Entrevista n.º 24, mujer adulta de Puerto Guzmán, 2012.
- Entrevista n.º 29, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012.
- Entrevista n.º 32, hombre adulto de Puerto Guzmán, 2012.